

El oxímoron populista y su proyección contemporánea: una lectura político-literaria

Juan Ezequiel Rogna

U.N.C. / CONICET

jerogna@gmail.com

Simposio: Configuraciones de lo popular en la literatura
y el pensamiento latinoamericanos en el Cono Sur.

“Venimos de años en los que el Estado ha mentido sistemáticamente,
confundiendo a todos y borrando la línea entre la realidad y la fantasía.”

(Mauricio Macri al comenzar su discurso de apertura
de las sesiones ordinarias del Congreso, 01/03/16)

Para los pioneros de nuestra literatura, así como también para los hacedores del Estado argentino (recordemos que durante el siglo XIX los campos político y cultural no estaban claramente disgregados), los sujetos populares se identificaron unidireccionalmente con la barbarie. A raíz de esta asimilación, el afán civilizatorio de las élites gobernantes tendió a suprimirlos físicamente, a asimilarlos culturalmente y/o a negarlos simbólicamente. La Conquista del Desierto (1878-1885) es un rotundo ejemplo de la primera operación, mientras que la política de “educar al soberano” a través de instituciones “normalizadoras” bien representa a la segunda. Respecto de la negación simbólica (que deviene en la *lógica* abolición del estatuto humano para esa bárbara otredad), desde un principio se necesitó del trabajo discursivo, por lo que nuestra literatura vino a cumplir allí un rol destacado. A modo de ejemplo, literatos liberales como Echeverría o Sarmiento emplearon el término “desierto” de manera capciosa, para referirse al vasto territorio poblado por aborígenes. Tal denominación, desde luego, resultaba proyectiva: se trataba de un objetivo a alcanzar por medio de la posterior campaña “desertificadora” de Julio Roca, que buscaría eliminar, en nombre de la *paz* y de la *administración*, los elementos perturbadores del orden impuesto por la hegemonía político-cultural porteña. Sin embargo, la voluntad de erradicar esa bárbara otredad no llegó a cumplirse de modo cabal y sus emergencias políticas, así como también sus representaciones literarias, fueron adoptando diferentes morfologías en el transcurso de las siguientes décadas. No solo por la presencia de las montoneras gauchas o porque las comunidades indígenas, aunque severamente diezmadas, permanecieron vivas, sino también

porque el proceso migratorio ocurrido entre el último tercio del siglo XIX y el primero del siglo XX trajo nuevos sujetos populares que se conjugaron con la masa de origen preeminentemente criollo. Recurriendo a la lectura ofrecida por Carlos Altamirano en “La fundación de la literatura argentina” (1979), podemos ver cómo los intelectuales de la Generación del Centenario, con Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones a la cabeza, canonizaron al *Martín Fierro* siguiendo un propósito que, más que literario, era político. Este propósito era el de instaurar al insurrecto gaucho ya extinto como el símbolo de la “raza argentina” y desactivar las representaciones del “bárbaro inmigrante”, cuyo potencial insurreccional constituía una amenaza *real* para el dominio oligárquico. Pero si bien estos escritores e intelectuales alcanzaron su objetivo de “fundar” la literatura argentina estableciendo una tradición literaria de carácter nacional, no consiguieron obliterar la vitalidad política y cultural de aquellos nuevos “bárbaros”. Desde los diálogos que Fray Mocho publicó en *Caras y caretas* o a través del sainete criollo, esa barbarie renovó nuestra literatura; y con el sufragio universal y la asunción presidencial de Hipólito Yrigoyen, también revolucionó nuestra política.

Años después, el 17 de octubre de 1945, los sujetos populares llevaron a cabo una de sus reapariciones más contundentes. En esa jornada que constituye el hito fundacional del peronismo, un sinnúmero de “cabecitas negras” invadió el seno del poder institucional para reclamar por la liberación de su líder. Durante los años siguientes, con el surgimiento y la consolidación del régimen peronista, fue constituyéndose un proyecto de país que, desde una matriz *nacional y popular* visibilizó a los sujetos subalternizados y los impelió a interactuar con el Estado. Frente a ese fenómeno, los sujetos civilizados-letrados elaboraron una “respuesta cultural” (Avellaneda, 1983) en donde las ficciones literarias tuvieron nuevamente un rol destacado. Las obras producidas entonces por buena parte del arco autorial pusieron de manifiesto las fobias y temores depositados en aquellos sectores cuya posición hegemónica se vio amenazada por la presencia de una otredad popular que, a diferencia de la representación decimonónica del “desierto” a conquistar, no podía ser negada de plano. De ahí que la *pesadilla*, la *fiesta* y lo *monstruoso* se instituyeran como las cifras literarias de un periodo donde la escritura dio cuenta de esa bárbara otredad, aunque confinándola a una dimensión de transitoria irrealidad.

Contraponiéndose a quienes describen al populismo como “una patología, algo así como una enfermedad tropical de la democracia” (2011:176), Carlos Vilas sostiene que en los países de América Latina este fenómeno se ha mostrado como una “democratización fundamental”, es decir, como una “ampliación de la integración social y del acceso de clases y grupos a recursos y condiciones de vida, y de participación política y social, hasta entonces reservados a sectores mucho más reducidos y ubicados en los niveles superiores del poder económico y el prestigio social” (174). Según Vilas, los populismos latinoamericanos resultarían inherentemente democráticos y, frente a las reducidas “democracias de mercado” de nuestras post-dictaduras, habilitarían en la actualidad su efectiva “expansión”. Ahora bien: en la Argentina de los primeros años del siglo XXI, el populismo y su racionalidad política adoptaron el nombre de *kirchnerismo*. Este movimiento se ha mostrado consciente de su “democratización fundamental” a punto tal que añadió el término “democrático” a la fórmula “nacional y popular”. Sin embargo, esa conciencia no encontró eco en la ponderación del concepto *populismo* que, víctima de un peculiar “accidente filológico”, permaneció reducido a ser sinónimo de hipocresía, demagogia, simulacro e inescrupulosa manipulación de las pasiones colectivas. En efecto, si comparamos la producción discursiva desarrollada como “respuesta cultural” ante el kirchnerismo con aquella otra motivada por el surgimiento del peronismo, veremos que buena parte de sus detractores vino a actualizar, más que el sema de la *invasión*, su carácter corrupto y su impostura o simulacro. Desde esta perspectiva, los líderes peronistas y kirchneristas (a la sazón, dos modalidades del populismo) recurren a la manipulación de las pasiones colectivas a través de discursos demagógicos que ocultan su sed de poder y sus actos de corrupción. Como contrapartida, esta lectura cercena el potencial político de los sujetos populares, quienes quedan confinados a la ignorancia o a la connivencia frente al simulacro y la corrupción.

A contrapelo de esta suerte de “sentido común”, en los últimos años aparecieron algunos estudios que buscaron indagar en la “lógica política” de los gobiernos populistas. El título más destacado, en este sentido, es *La razón populista* de Ernesto Laclau (2005), en donde la sinécdoque aparecía como la figura retórica que permitiría comprender en su esencia a este tipo de *lógica*. Sin embargo, creemos que todo proceso de construcción de hegemonía podría ser inscripto en la misma dinámica y, junto con Vilas, observamos que los populismos latinoamericanos son “fenómenos complejos” de bases sociales policlasistas asentados no

solo en la equivalencia de elementos heterogéneos sino también -y sobre todo- en la conciliación entre pares opuestos: burguesía / proletariado, capital / trabajo, Estado / Mercado, producción agrícola / desarrollo industrial, mecanismos de democracia representativa / participación social y plebiscitaria, etc. Esta dinámica de confluencias entre polos opuestos nos lleva a postular que, si bien la sinécdoque es una figura que representa “la razón populista”, debemos otorgarle un estatus similar al oxímoron si pretendemos comprender la especificidad de este tipo de racionalidad política.

Por otra parte, a la par del unánime rechazo que la dirigencia política argentina muestra frente al concepto de *populismo*, notamos que ciertas obras literarias que tematizaron al peronismo a la luz del nuevo siglo *simularon* el reconocimiento de una otredad popular y se apropiaron de la lógica condensada en el oxímoron. Nuestra literatura siempre ha sido un terreno discursivo que anticipó las *praxis* políticas de los sectores conservadores-liberales. En tal sentido, entendemos que esta reciente operación se añade a la secuencia iniciada por la negación de esa otredad desde la configuración del “desierto” y su posterior reconocimiento relativo a través de la *amorfa* multitud de “cabecitas negras”. Nos detendremos en un ejemplo y trataremos de ponerlo en relación con ciertos fenómenos políticos contemporáneos.

En el año 2004, Emecé publicó *La vida por Perón*, novena novela de Daniel Guebel. La obra, al igual que el guión elaborado para la película homónima dirigida por Sergio Bellotti, se trama en torno a las controversias surgidas dentro del Movimiento Peronista durante los primeros años de la década de 1970. El complejo proceso histórico de la Argentina pre-dictatorial aparece cristalizado en un relato ficcional sobre las acciones de un comando montonero que, el día de la muerte de Juan Domingo Perón (1° de julio de 1974), asesina al padre de un militante de base para intercambiarlo por el cadáver del General. Mientras los cabecillas de la organización intentan ocultar el asesinato, argumentan que debe evitarse que el cuerpo del líder sea robado durante el sepelio por “las fuerzas infiltradas de la sinarquía y el extrangerismo” (31), quienes pretenderían utilizarlo como herramienta para extorsionar al pueblo. Pero a pesar de la “puesta en escena” montonera, que convierte al velorio en una suerte de grotesca fiesta de cumpleaños, el trasfondo de la operación se va develando y, cuando el hijo descubra la siniestra maniobra, motorizará un escándalo que

alertará a las fuerzas represivas, que sobre el final del relato irrumpen para aniquilarlos a todos.

En la novela hay un importante pasaje que brilla por su ausencia en el guión cinematográfico. Se trata de un diálogo que un cabecilla montonero habría sostenido con Perón en Madrid y que viene a potenciar el efecto satírico de la obra. En este sentido, la voz parodiada de Perón genera un efecto irónico superlativo, ya que es el propio líder quien subvierte los principios de la doctrina justicialista. Tal efecto alcanza su punto cúlmine en la fórmula Perón = gorila que resulta explicitada por sus palabras: “Ah, otra vez estoy hablando como un gorila’, sonrío Perón” (125). Así, la obra de Guebel presenta la asunción, por parte de Perón, de todas acusaciones que la oposición vertió sobre su figura con el objetivo de descalificarlo, y a la vez, derriba con un cúmulo de afirmaciones “gorilas” los principios básicos de su doctrina. En una sucinta enumeración, podemos decir que: 1) a contrapelo del antiimperialismo, Perón se lamenta de que la Argentina no haya sido conquistada por el Imperio Británico; 2) lejos de una política económica industrialista cuyo sujeto estuviese encarnado en el “pueblo trabajador”, Perón siente en España una mera nostalgia por la “estética sindicalista”, reduciendo al plano de la mera fachada (“máscara”, “simulacro”) aquella cultura del trabajo impulsada por la máxima de *pleno empleo*; 3) en contraposición a la participación que el justicialismo otorgó a la mujer, integrándola al Movimiento y otorgándole la posibilidad de elegir a sus representantes, Perón despótica contra las mujeres y muestra un desprecio misógino hacia Evita e Isabel. Asimismo, Perón asume su filonazismo, formulando conceptos y apreciaciones que lo caracterizan como aquel *monstruo* que la tradición liberal argentina fue configurando desde su emergencia en la escena política nacional. En este sentido, la filiación con cierta narrativa de Borges resulta una decisión deliberada de Guebel, quien viene a elaborar su propia “réplica literaria” ante la emergencia del kirchnerismo y su *invasión* “setentista”.

Como hemos señalado, esta remozada “réplica” discursiva sostiene que los líderes populistas asientan su estrategia en las artes de la *impostura*. De tal modo, a través de lo que la voz parodiada de Perón define como “literatura de Estado”, sus discursos conforman un *simulacro* que apela a una Argentina inexistente con la finalidad de ocultar *la realidad* y preservar su posición de poder. Esto viene a complementarse con la fórmula Perón = gorila, dado que resulta una apropiación paródica del oxímoron, es decir, la figura retórica que

encarna la lógica política del populismo. A partir de esta lectura, querríamos detenernos sobre un punto que, desde nuestra perspectiva, permite asomarnos a la conciencia simbólica de aquellos sectores liberales que encontraron y aún encuentran en la literatura un arma para combatir las *invasiones* populistas. La correspondencia entre *La vida por Perón* y “El simulacro” es explicitada por Guebel en la introducción de su novela. El título del relato de Borges sintetiza la interpretación del populismo como “crasa mitología” (1998b:26), es decir, como teatralización o puesta en escena de consignas y rituales vaciados de contenido. Desde esta perspectiva, los populismos no apuntarían a la conformación de *pueblos* sino de *públicos*. Al observar esta postura, María Pía López sostuvo que “el golpe del ‘55 tuvo una ingenuidad nominalista”, porque la supresión de los nombres del peronismo impuesta por el decreto Ley 4161 se habría fundado inconscientemente en una “hipótesis borgeana: lo ocurrido podía declararse una ilusión, una farsa o un simulacro. Con bajarlo de escena y retirar los carteles publicitarios, el público lo olvidaría sin problemas.” Compartimos la afirmación de López pero disentimos de modo parcial, ya que nuestra interpretación sobre la proyección política de la literatura de Borges encuentra como antecedente del decreto Ley 4161 no a “El simulacro” (que además fue publicado en *El hacedor*, obra de 1960) sino una tesis presente en “El escritor argentino y la tradición”. Dicha tesis se deslizaba subrepticamente en un párrafo dedicado a abordar el “color local” en nuestra literatura. Allí, Borges se refería a una “curiosa confirmación”, según la cual “lo verdaderamente nativo suele y puede prescindir del color local” (1998:195). Al mismo tiempo, echando mano a sus acostumbradas citas apócrifas, atribuía al historiador británico Edward Gibbon la aseveración de que en el Alcorán “el libro árabe por excelencia, (...) no hay camellos”, y afirmaba que “los argentinos podemos parecernos a Mahoma (y) creer en la posibilidad de ser argentinos sin abundar en color local.” (195-196)

Borges pretendía emplazar su propuesta en el ámbito de una “discusión” meramente estética. Por tal motivo, incorporó el texto a una reedición de 1957 de su libro *Discusión*, aparecido originalmente en 1932, sin aclarar que se trataba de una conferencia pronunciada en el año 1951. Tomando nota de la estratagema borgeana, podríamos decir que la cuestión de fondo en “El escritor argentino y la tradición” es, en realidad, profundamente política. En este sentido, no nos interesa señalar la efectiva mención de camellos en el Corán sino afirmar que el decreto de 1956 fue la puesta en práctica del principio borgeano que postulaba “la

posibilidad de ser argentinos sin abundar en color local”; es decir, sin nombrar lo que por entonces era parte del paisaje, o sea, el peronismo y sus símbolos. Volviendo a Guebel, observando nuestro presente y considerando la posibilidad de establecer correspondencias entre la conciencia simbólica que nos abre la literatura y los fenómenos políticos que *a posteriori* la manifiestan, encontramos en la apropiación paródica del oxímoron populista tanto el antecedente de la mutación experimentada por el discurso y la *praxis* preelectoral de Mauricio Macri como un factor de peso para comprender su pregnancia popular. En efecto, tomando distancia de la ideología conservadora-liberal que expuso públicamente durante años, el principal referente de la derecha partidaria argentina fue asesorado para montar sus alianzas con la lógica frentista del populismo, haciendo confluir los clivajes de derecha del radicalismo y el peronismo. Esto, a su vez, se vio complementado con la adopción de un discurso reivindicativo de “los pobres”, equiparando el principio de “justicia social” con el slogan “pobreza cero”. Además, el spot televisivo titulado “El país del Y” ponía en boca de Macri la confluencia entre opuestos propia del populismo, estrategia que también resultaba útil para desligar al candidato del carácter confrontativo (de la “O”) que le adjudicaba al kirchnerismo. Podríamos decir, entonces, que aquel “Perón gorila” diseñado por Guebel anticipó el principio constitutivo del “Macri populista” modelo 2015, tal como la tesis borgeana lo hizo respecto de la voluntad de “desperonizar a la Argentina” que impulsó la sanción del decreto Ley 4161. Ahora bien: consumada la victoria electoral, resta ver hasta dónde se extenderá el *simulacro* macrista.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, Carlos. 1979. “La fundación de la literatura argentina”, en: ALTAMIRANO, Carlos; SARLO, Beatriz. 1983. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- AVELLANEDA, Andrés. 1983. *El habla de la ideología*. Sudamericana, Buenos Aires.
- BORGES, Jorge Luis. 1998b. *Discusión*. Alianza Editorial, Madrid.
- GUEBEL, Daniel. 2004. *La vida por Perón*. Emecé, Buenos Aires.
- LACLAU, Ernesto. 2005. *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LÓPEZ, María Pía. 27/10/15. “Qué lindo que viniste. El kirchnerismo y los nombres de la política”, en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/18-284741-2015-10-27.html>
- MACRI, Mauricio. 2015. “El país del Y”, en: <https://www.youtube.com/watch?v=Mum8Rr9QhE>
- VILAS, Carlos. 2011. *Después del Neoliberalismo: Estado y procesos políticos en América Latina*. Ediciones de la UNLa, Buenos Aires.